

Iván Escamilla González

“La Iglesia y los orígenes
de la Ilustración novohispana”

p. 105-127

*La Iglesia en Nueva España.
Problemas y perspectivas de investigación*

María de Pilar Martínez López-Cano
(coordinadora)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2010

416 p.

(Serie Historia Novohispana, 83)

ISBN 978-607-02-0936-9

Formato: PDF

Publicado: 8 de noviembre 2012

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/iglesiane/iglesiane.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

LA IGLESIA Y LOS ORÍGENES DE LA ILUSTRACIÓN NOVOHISPANA¹

IVÁN ESCAMILLA GONZÁLEZ
Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

*Ilustración temprana en el mundo hispánico:
un problema en discusión*

En un congreso celebrado en 2004 en Madrid en honor al historiador valenciano Antonio Mestre Sanchís, Pablo Fernández Albaladejo elogiaba la labor emérita del homenajeado como estudioso de la cultura española de la primera mitad del siglo XVIII, al “haber puesto rostro y poblado de personajes un período de nuestro pasado [...] que, sencillamente, no existía con anterioridad”.² Diversos balances historiográficos y un creciente número de coloquios y publicaciones dan cuenta del enorme avance de los trabajos sobre la historia de la cultura y los ilustrados españoles durante los reinados de Felipe V y Fernando VI, desde la década de 1960 en que Mestre comenzó a publicar sus investigaciones en torno a Gregorio Mayans y Siscar y sus contemporáneos.³ Hasta entonces había sido común opinión que en España y sus dominios americanos el fenómeno de la Ilustración era poco menos que imposible debido a la persistencia fanática de la ortodoxia católica, idea sólo matizada cuando Jean Sarrailh en 1956 retrató unas Luces hispánicas, desprendidas de la Ilustración católica del sur de Europa, en las que la permanencia de los supuestos fundamentales de la orto-

¹ Una primera versión de este texto se presentó en el coloquio *La Iglesia en Nueva España: problemas y perspectivas de investigación* con el título “Intelectualidad e Iglesia en los inicios de la Ilustración mexicana”. Agradezco a Óscar Mazín, Antonio Rubial, Jaime Cuadriello y Paula Mues sus opiniones, comentarios y sugerencias para este trabajo.

² “Introducción”, en Fernández Albaladejo, *Fénix de España...*, p. 12.

³ Véanse los interesantes balances de Mestre, “La historiografía...”, y de Enciso, “La Ilustración...”, en *Coloquio...*, v. I, p. 21-60 y 621-696.

doxia religiosa podía convivir con un ejercicio particular de la crítica y de la opinión modernas.⁴

Ahora se sabe que un sector de las letras y de la incipiente opinión pública española participó, incluso desde los últimos años del “tenebroso” reinado de Carlos II, en muchas de las discusiones y debates que guiaron el curso de la cultura europea hasta la víspera del ciclo revolucionario iniciado en 1789. Ahora se conoce bien la trayectoria del movimiento *novator*,⁵ desde sus principios como una corriente casi subterránea en el ambiente intelectual español, hasta su “triumfo” a mediados de la centuria, con la orden de Fernando VI que prohibió en 1750 imprimir ataques a la obra de Benito Jerónimo Feijoo. Ha revivido así una serie de polémicas, de figuras, de libros, que retrotraen a ese medio siglo el principio del debate entre *vetusta* y *recentior philosophia*, entre peripatéticos y escépticos, entre partidarios e impugnadores de la suficiencia del saber hispánico frente a los de las demás naciones rivales de Europa,⁶ que habría de dividir los más diversos medios políticos, eclesiásticos, burocráticos y literarios. Modificado así el panorama historiográfico, y pasadas las conmemoraciones del bicentenario de Carlos III en 1988, que volvieron a identificar ese reinado con el apogeo de la Ilustración, actualmente se adelantan interpretaciones radicales como la de Francisco Sánchez-Blanco, quien ha propuesto en diversos trabajos que la España auténticamente ilustrada sucumbió nada menos que ante las políticas del mismo absolutismo borbónico al que durante mucho tiempo se le asoció.⁷

Ahora bien, la reflexión arriba citada de Fernández Albaladejo no podría aplicarse con la misma puntualidad al estado actual de nuestros conocimientos sobre la cultura y los hombres de saber en la Nueva España durante el mismo periodo. En México comenzamos apenas a asomarnos a la vasta complejidad de un momento histórico cuya significación ha sido, pese a importantes y brillantes antecedentes, gran-

⁴ Traducido prontamente al español, de donde resulta buena parte de su importante presencia en la historiografía: Sarrailh, *La España ilustrada...*

⁵ La palabra *novator* (en latín, “renovador”) fue usada aparentemente por primera vez por el escolástico Francisco Palanco en su *Dialogus physico-theologicus contra philosophiae novatores, sive thomista contra atomistas* de 1714, en el curso de una polémica en contra de la teoría atomista de la materia, que era lo mismo que decir que en contra de los partidarios del experimentalismo y de la independencia de los estudios de filosofía natural respecto de la metafísica: véase Mestre, “La historiografía...”, p. 22.

⁶ Sobre la “autosuficiencia” de la cultura barroca hispánica, véanse los ensayos contenidos en Flor, *Barroco...*

⁷ Véase Sánchez-Blanco, *La mentalidad...*, especialmente p. 7-11 para la enunciación de esta tesis; igualmente, *El Absolutismo...*, *passim*. También su estudio a J. E. de Graef, *Discursos mercuriales...*

demente subestimada. En las historias de la cultura mexicana, el siglo conocido como de las Luces se divide en una primera parte que parece iniciar promisoriamente con los últimos destellos de Carlos de Sigüenza y Góngora y sor Juana Inés de la Cruz, para luego sumergirse de nuevo en penumbra. A partir de 1750, volvemos a deslumbrarnos con los célebres jesuitas “renovadores” (Abad, Clavijero, Alegre), para continuar con la pléyade de grandes nombres criollos del último tercio del siglo, como Antonio de León y Gama, José Ignacio Bartolache y José Antonio Alzate, y peninsulares, como Fausto de Elhúyar en el Seminario de Minería y Manuel Tolsá en la Academia de San Carlos. Todo concluye en una suerte de gran final ilustrado, que prepara la Independencia con el paso de Hidalgo por el Colegio de San Nicolás de Valladolid y de Humboldt por las cordilleras mexicanas.⁸

Las razones del descuido constante de la primera mitad del siglo son diversas, aunque quizás una de las más importantes ha sido la serie de apriorismos que han condicionado la mirada de los historiadores al asomarse a él.⁹ Para empezar, al igual que ocurrió en España por la influencia de Sarrailh, la historiografía en general sobre el XVIII ha privilegiado durante mucho tiempo a su segunda mitad por haber sido el escenario de las llamadas reformas borbónicas: el despliegue de la Ilustración en México ha sido asociado con las transformaciones políticas y económicas de los reinados de Carlos III y Carlos IV. El interés en esta vinculación produjo desde 1970 trabajos de gran valor y trascendencia como los de Roberto Moreno de los Arcos, a quien se deben las primeras ediciones auténticamente modernas de textos de la Ilustración mexicana, como los periódicos y obras científicas de Joaquín Velázquez de León, Alzate y Bartolache.¹⁰

Por otra parte, una posición recurrente, cuyos buenos fundamentos han producido aun mejores resultados, ha visto a la primera mitad del siglo XVIII no como un momento ilustrado, sino como parte en todos los sentidos del prolongado “siglo barroco” novohispano, que según diversas opiniones se extiende de 1630 a 1750, y cuyos inicios algunos retrotraen aun hasta 1590 ó 1600. Su nota dominante se pone en el acendrado “criollismo” mexicano, fenómeno que abordaron dentro y

⁸ Con poca diferencia es la postura que sigue apareciendo en síntesis recientes: cf. Tanck, “Ilustración, educación...”

⁹ Todavía hace diez años una distinguida profesora, ya fallecida, mantenía ante quien escribe que la Ilustración novohispana había sido escasa y tardía, y se había debido exclusivamente a los influjos de la independencia de los Estados Unidos de América y de la Revolución Francesa.

¹⁰ Para una revisión de los aportes de Moreno de los Arcos al conocimiento de la Ilustración en Nueva España, véanse la bibliografía y trabajos reunidos en Yuste, *La diversidad...*

fuera de México Edmundo O’Gorman, Francisco de la Maza, David Brading y otros distinguidos historiadores.¹¹ Esta visión permitió como nunca antes un fructífero estudio de larga duración en torno a los rasgos dominantes de la cultura americana, en relación con la peculiar formación social de la que surgió; pero frenó al menos en parte el análisis del momento iniciado alrededor de 1700, en el que diversos procesos de índole política, económica y social abrieron circunstancias muy dignas de atención en la vida novohispana.

Los acercamientos expresos en nuestro medio a la cultura de la primera mitad del siglo XVIII datan ya de un buen tiempo atrás, con la recuperación biográfica y bibliográfica y con el estudio, a partir de la década de 1940, de la que se dio en llamar “generación preilustrada”. Se dio así un paso importante: por primera vez, aunque fuera de forma tímida, el calificativo “ilustrado” se aplicaba a parte de la producción intelectual de un periodo que la historiografía había visto como componente del generalizado oscurantismo colonial.¹² Se abordaron por primera vez personalidades a las que se reconocieron los méritos y la apertura ideológica necesarios para ser “precursores” de los ilustrados propiamente dichos de la segunda mitad del siglo.

Con todo, aún no desaparecía en estos trabajos la influencia intelectual, implícita o explícita, del evolucionismo positivista, que pauta su visión del ineluctable “progreso” como motor histórico de las ideas: esto es visible en el ensayo de Monelisa Pérez-Marchand, *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición*, de 1945,¹³ ambicioso en sus objetivos y pionero en su manejo de fuentes, o, posteriormente, en la notable compilación de los trabajos de Bernabé Navarro sobre la cultura mexicana del siglo XVIII.¹⁴ En la postura de ambos autores es perceptible aún la visión de las ideas en movimiento ascendente, desde el “predominio que ejercía la Iglesia y el interés religioso que privaba en la vida del hombre”¹⁵ todavía en la primera mitad del siglo a decir de Pérez-Marchand, hasta la *modernidad*

¹¹ Como ejemplos de la postura de estos historiadores pueden citarse: De la Maza, *El guadalupanismo...*, y O’Gorman, *Meditaciones...* Brading, por su parte, ha desarrollado su interpretación, referida inicialmente sólo a México en *Los orígenes...*, hasta extenderla al resto de Hispanoamérica en *The First America...*

¹² No siendo el tema principal de este trabajo, sólo puedo apuntar como una de las causas probables y evidentes de este giro historiográfico la serie de cursos y seminarios sobre historia del pensamiento en lengua española que José Gaos impartió en esa época en El Colegio de México y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (cf. Andrés Lira, “Prólogo”, en Pérez-Marchand, *Dos etapas...*, p. 13-19).

¹³ Pérez-Marchand, *Dos etapas...*

¹⁴ Navarro, *Cultura mexicana moderna...*

¹⁵ Pérez Marchand, *Dos etapas...*, p. 80.

secularizante, ilustrada, que según Navarro se concreta a partir de Clavijero y su grupo, como concreción de las Luces esbozadas décadas atrás en un Sigüenza y Góngora.

Para mediados de la década de 1950, del medio académico de El Colegio de México ya habían salido el citado libro de Pérez-Marchand, o artículos como los dedicados por José Rogelio Álvarez al oidor Juan Manuel de Oliván¹⁶ y por Germán Posada Mejía al jesuita Juan Antonio de Oviedo.¹⁷ Tocaría a Elías Trabulse continuar la empresa en sus trabajos sobre historia de la ciencia novohispana. Influido por Thomas Kuhn y su interpretación paradigmática de las revoluciones científicas, Trabulse caracterizó en 1983 ya sin reparos la primera mitad del siglo XVIII como la época de la “primera ilustración mexicana”, viendo en él un momento seminal para el florecimiento de las generaciones posteriores de la centuria.¹⁸

Lugar de honor en el desarrollo de este campo de estudios tiene sin duda Ernesto de la Torre Villar. Por una parte coordinó el volumen *Juan José de Eguiara y Eguren y la cultura mexicana*, primera y hasta ahora única obra colectiva editada en nuestro medio dedicada a la cultura de la primera mitad de nuestro siglo XVIII, con la participación de él mismo, Mauricio Beuchot, Roberto Balmori, Roberto Heredia y Tarsicio Herrera.¹⁹ Por otro lado, y prosiguiendo donde se había detenido el ilustre filólogo Agustín Millares Carlo,²⁰ don Ernesto emprendía la reedición de la *Bibliotheca Mexicana*, proyecto del que vieron la luz a partir de 1986 el facsímil del único tomo publicado por Eguiara, la traducción íntegra de su texto latino, un extenso estudio introductorio y un volumen de documentos sobre el bibliógrafo y su familia;²¹ seguimos aguardando hasta hoy la conclusión de este gran proyecto con la publicación de la parte inédita del manuscrito de la *Bibliotheca eguiarense*.²² Finalmente, también se debe a Ernesto de la Torre la reciente

¹⁶ Álvarez, “Ideas económicas...”

¹⁷ Posada, “El P. Oviedo...”

¹⁸ Véase Trabulse, “Clavijero, historiador...”, p. 42-43. En muchos otros trabajos Trabulse ha continuado desarrollando esta idea: por ejemplo, “La ciencia y los jesuitas...”

¹⁹ De la Torre (coordinación y presentación), *Juan José de Eguiara...* Los colaboradores escribieron acerca de Eguiara como filósofo y teólogo, y sobre contemporáneos suyos como Cayetano Cabrera Quintero y José Antonio Villaseñor y Sánchez. El volumen incluye también traducciones y textos del bibliógrafo y su círculo.

²⁰ Con su traducción de Eguiara, *Prólogos...*

²¹ Eguiara, *Bibliotheca...* El gran interés producido por la reedición de la *Bibliotheca* de Eguiara se refleja en otras publicaciones, como la de López, *Diálogo...*

²² La parte inédita del manuscrito de Eguiara incluye las letras D a J de su catálogo biobibliográfico. El original existe en la Benson Latin American Collection en la Universidad de Texas en Austin; de éste se sacó en 1928 una copia fotostática que resguarda la Biblioteca Nacional de México. Para la historia de estos manuscritos véase Rivas, *Bibliografías...*, p. 48-49.

y más completa reedición de otro documento fundamental de nuestra cultura dieciochesca: el *Theatro americano* de José Antonio de Villaseñor y Sánchez, de 1746.²³

Aun así, queda mucho por hacer en la recuperación de nuestra bibliografía dieciochesca temprana. Sirva de modelo para la ejecución de futuros proyectos lo hecho en este terreno en España, en donde se han editado ya en formato electrónico las obras completas de algunos de los pensadores fundamentales de ese momento histórico, como el disco compacto y el sitio de internet *Mayans Digital*, de la Biblioteca Valenciana y la Fundación Larramendi, que incluye además una parte importante del epistolario mayansiano y una colección de estudios acerca del gran polígrafo de Oliva,²⁴ o el sitio de la *Biblioteca Feijoniana* del Proyecto Filosofía en Español, de Oviedo,²⁵ donde además de los textos completos del *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas* de Feijóo se incluyen los de las polémicas sostenidas entre el ilustre benedictino, sus detractores y partidarios.²⁶

¿Y dónde quedó nuestra Ilustración?

Con los elementos incluidos en la anterior y apretada reseña, y con los aportados por trabajos recientes a los que he de referirme más adelante, comienza a perfilarse que para el conocimiento de la cultura novohispana de la primera mitad del siglo XVIII es preciso resolver una cuestión fundamental: ¿fue el carácter de ésta realmente “ilustrado”, como parecen afirmar los estudiosos actualmente? Por sorprendente que parezca, entre quienes han aceptado la presencia temprana de la Ilustración en Nueva España no encontramos una explicación de las razones para ello.

El que escribe ha visto en el archivo capitular de la catedral de Puebla una copia del siglo XVIII del manuscrito de la *Bibliotheca*.

²³ Villaseñor, *Theatro...* El “Suplemento” fue publicado por primera vez por Ramón María Serrera en Villaseñor, *Suplemento...*

²⁴ Biblioteca Valenciana, *Gregorio Mayans...*

²⁵ Proyecto Filosofía en Español, *Biblioteca Feijoniana...*

²⁶ Algo de lo que ya se ha logrado en este sentido en México se halla en el portal en línea de la *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, <http://www.cervantesvirtual.com>, y dentro de ella en los portales de la Biblioteca Nacional de México, <http://www.cervantesvirtual.com/portal/bnm/index.jsp>, y de la Biblioteca Francisco Xavier Clavigero de la Universidad Iberoamericana, Campus Santa Fe, <http://www.cervantesvirtual.com/portal/uia/index.jsp>, que han incorporado la digitalización, entre otras muchas obras, de importantes títulos novohispanos del siglo XVIII.

Así, desde 1950 en la historiografía se habla de la aceptación de “ideas modernas, filosóficas, científicas e históricas”, pero sin explicar suficientemente en qué consiste dicha *modernidad*, siempre apuntada, pocas veces demostrada: ¿está presente desde que arriban aquí, por ejemplo, los libros o al menos el conocimiento de autores a los que infaliblemente se puede llamar ilustrados? Siguiendo a Pérez-Marchand, ¿sirve como una especie de “termómetro” de modernidad la virulencia explícita de la Inquisición en contra de ciertos textos, expresada en sus edictos o en los índices de libros prohibidos? Entonces no habría Ilustración hasta que alguien condene explícita y seriamente a Rousseau o a Helvetius, lo que no harán unos pocos y muy cultos censores novohispanos sino hasta el último cuarto del siglo; más diatribas y de mayor irreverencia se lanzaron, en todo caso, en contra de los jesuitas. Hablando de éstos últimos, ¿ha de caracterizarse como generalmente ilustrada a la Compañía por las referencias a la filosofía baconiana, cartesiana y gassendiana en los cursos escolares de unos pocos maestros ignacianos a mediados del siglo? No se puede olvidar que desde principios de la centuria los jesuitas habían recomendado oficialmente el estudio y discusión de los pensadores modernos por su utilidad en la defensa de la ortodoxia en contra del radicalismo filosófico que cundía por Europa.²⁷ Sin quitar ningún mérito al atrevimiento epistemológico de las posturas de juventud de un Clavijero o un Alegre, para valorar su impacto real dentro y fuera de su orden habría que tomar en cuenta que estos entusiastas fueron llamados a la prudencia y hasta cierto punto marginados por sus superiores, y que fueron víctimas, junto con sus demás hermanos de religión, del decreto de expulsión del “ilustrado” Carlos III.²⁸

En algunos terrenos tal vez sea más “fácil” la determinación de modernidad, como en el de las ciencias que en aquellos tiempos se estudiaban como filosofía natural. De ese modo Elías Trabulse, en su clásico trabajo sobre la observación de los cometas a fines del siglo XVII,²⁹ dio fe de la irrupción en la ciencia novohispana del mecanicismo, persistente pese a que pudiera parecer agotada su fuerza renovadora en las décadas siguientes en que, salvo excepciones, las únicas obras sobre astronomía y meteorología que aparecían y si-

²⁷ En ese sentido se había manifestado la XV Congregación General de la Compañía en Roma en 1706, según apunta Chiaramonte, “Prólogo”, en *Pensamiento...*, p. XV-XVI, *apud* Guillermo Furlong, *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata, 1536-1810*, Buenos Aires, 1952.

²⁸ *Cf.*, además de las insustituibles *Vidas de algunos mexicanos ilustres* de Juan Luis Mañero, la documentación develada por Ronan, *Francisco Javier Clavijero...*

²⁹ Trabulse, *Ciencia y religión...*

guieron apareciendo con frecuencia —de hecho, todos los años— fueron los almanaques. En cambio, en lo que se refiere a las otras ramas del conocimiento, parece claro que si persistimos en buscar para 1700-1750 las huellas de una modernidad por las vías en que tradicionalmente se ha emprendido, nos toparemos a cada momento con grandes dificultades; tal vez terminaríamos poniendo en duda incluso la convención ya alcanzada respecto del carácter ilustrado para el siguiente medio siglo.

Quizás la solución a este problema aparentemente insalvable está en la clase de fenómeno intelectual que estamos buscando y por la que preguntamos. Buscamos lecturas ilustradas y muy concretas, cuando quizás lo que debemos encontrar es una actitud ilustrada ante la lectura y las lecturas; intentamos entresacar discursos ilustrados de los testimonios de la época, cuando tal vez debamos primero indagar acerca de la modificación de los discursos y las prácticas tradicionales; imaginamos una modernidad autóctona, cuando tendríamos que entenderla también como respuesta y reto a estímulos externos; queremos centralizar la conciencia ilustrada en los centros tradicionales de cultura y saber, como México y Puebla, cuando tal vez nos hallamos ante múltiples partos locales de modernidad; influidos por una teleología histórica liberal, pretendemos encontrar una Ilustración secular y secularizante, cuando quizás tengamos que enfrentarnos con una Ilustración eclesiástica. Lo que a continuación se propone en este ensayo, a partir de una serie de reflexiones, interrogantes y propuestas de investigación, es que al interior de la Iglesia novohispana, o mejor dicho, de los diferentes grupos, corporaciones, élites e intereses que la conformaban, existieron desde la primera mitad del siglo XVIII condiciones favorables para un cambio cultural, y para el surgimiento y desarrollo del pensamiento crítico que identificamos generalmente con la Ilustración.

Vías para reconstruir una Ilustración eclesiástica

Bien sabida es la historia de cómo nació la *Bibliotheca Mexicana* de Juan José de Eguiara y Eguren, luego de que el profesor universitario, buscando solaz por allí de 1740 en las *Epístolas* latinas del poco ortodoxo erudito Manuel Martí, se topó con aquel pasaje en que el Deán de Alicante pintaba a un joven que deseaba hacer carrera académica allende el Atlántico un desolador paisaje de la cultura indiana, en el que entre otras se le hacía la siguiente advertencia: “¿Te será dado tratar con alguien, no ya que sepa alguna cosa, sino que se muestre deseoso

de saberla, o —para expresarme con mayor claridad— que no mire con aversión el cultivo de las letras?”³⁰ Igualmente conocida es la forma en que la réplica de Eguiara a los desafortunados comentarios de Martí dio forma acabada y consagró el patriotismo de escritores criollos, acriollados y mestizos del siglo XVII como Torquemada, Ixtlilxóchitl, Vetancurt o Sigüenza, al hacer el elogio de la cultura católica orgullosamente construida sobre el precedente de la gentilidad, del ingenio y virtudes de los españoles americanos, y de los repositorios —archivos y bibliotecas— que garantizaban la conservación y engrandecimiento de la nueva civilización. Sin embargo, tan interesante como el elegante texto de Eguiara o su realización tipográfica, y mucho menos comentado, es el conjunto de circunstancias que permitieron al sabio poner en práctica y llevar a término, así fuera parcialmente, una empresa de semejante envergadura, no siendo la menor la extensa red de correspondencias que le transmitieron noticias biobibliográficas desde los más apartados rincones de Nueva España, lo que por sí mismo era un práctico mentís a la calumnia de Martí.

De ese modo, Eguiara solicitó y encontró respuestas en Puebla, Nueva Galicia, Oaxaca, Zacatecas y aun Guatemala y La Habana, en figuras de tan diversa procedencia y formación como Diego Bermúdez de Castro, Andrés de Arze y Miranda, fray Antonio de Arochena, fray Juan González de Afonseca o fray José de Arlegui. Dos hechos destacan en esta nómina, estudiada por primera vez por Efraín Castro:³¹ el primero es la existencia, hacia mediados del siglo XVIII, de extensas y bien consolidadas redes de transmisión intelectual y de comunidades de hombres de letras, formadas no por individuos aislados, sino en liga con libreros, impresores, poderes políticos y eclesiásticos, mecenas y, finalmente, lectores, en una réplica americana a las comunidades de hombres de letras que se fortalecen en la Europa de la misma época.³² Puede suponerse que con sus noticias y correspondencia esas comunidades sostuvieron no sólo el esfuerzo de Eguiara, sino también, prácticamente al mismo tiempo, el de Juan Francisco Sahagún de Arévalo durante casi quince años como editor de la *Gazeta de México* (1728-1742), el de Lorenzo Boturini en su búsqueda de documentos históricos de la gentilidad y de la tradición guadalupana (1736-1742), y el de José Antonio de Villaseñor en la redacción de su *Theatro americano*, entre 1742

³⁰ Eguiara, *Prólogos...*, p. 56.

³¹ Castro, *Las primeras...* Lamentablemente el doctor Castro no ha publicado hasta ahora los interesantes documentos por él localizados en que se basa este sugerente y muy breve trabajo suyo, sobre lo que llama el “comercio literario”.

³² Lo que contrasta con los contactos literarios con el exterior, sin duda importantes pero singulares, como los del jesuita Kircher con algunos mexicanos: véase Osorio, *La luz...*

y 1746. El otro hecho a notar es que estas comunidades estaban formadas predominantemente por eclesiásticos.

Tradicionalmente las instituciones eclesiásticas habían formado en las letras a los individuos talentosos sobre todo para incorporarlos al servicio de sus propios intereses y necesidades corporativos en el caso de los regulares, o a las filas del servicio burocrático real y diocesano. ¿Qué condujo entonces a que en esta época surgieran en el seno del clero grupos de individuos permanentemente interesados en el cultivo autónomo de disciplinas humanísticas y científicas?³³ Una causa pudo ser la transformación del perfil social del clero novohispano, tanto en su rama secular como en la regular. Por lo que toca a los seculares, a partir de mediados del siglo XVII prelados enérgicos como Juan de Palafox y Manuel Fernández de Santa Cruz en Puebla, o Payo Enríquez de Rivera y Francisco de Aguiar y Seijas en México, impulsan la consolidación definitiva de un proyecto de Iglesia diocesana en Nueva España, con el apoyo de los cuerpos capitulares de las catedrales del reino.³⁴ Acciones que tradicionalmente han recibido mucha atención por parte de la historiografía, como la lucha por la secularización de las doctrinas indígenas, trascendieron en muchos otros sentidos puesto que obligaron a obispos y arzobispos a crear las condiciones sin las que era impensable el reemplazo de los mendicantes en el liderazgo eclesiástico. Entre las más importantes estuvo, naturalmente, la formación eficiente de un mayor número de clérigos que hubieron de encargarse del cuidado espiritual de la población en los nuevos curatos, mediante la fundación o el fortalecimiento de seminarios y colegios donde se impartiera una adecuada preparación moral e intelectual.³⁵

Como han estudiado Rodolfo Aguirre, Margarita Menegus y otros, el resultado fue una competencia más encarnizada por calificarse a las mejores parroquias, los cabildos eclesiásticos y la administración diocesana —o a su combinación—, a la vez que una mayor movilidad de los clérigos en búsqueda de las mejores posiciones. Mucho antes de que los prelados regalistas del último tercio del siglo (Lorenzana, Fabián y Fuero) le dieran un papel capital en sus proyectos para la mejora del clero novohispano, la educación, reflejada en el dominio de

³³Entiéndase como comunidades múltiples, extendidas por el territorio del virreinato, a diferencia de otras comunidades de saber anteriores, centradas en la capital y de breve existencia, como la que giraba a mediados del siglo anterior en torno al religioso mercedario y matemático fray Diego Rodríguez y que sucumbió en parte ante los embates inquisitoriales: véase Trabulse, *La ciencia...*

³⁴Sobre este proceso, véase Rubial, "La mitra..."; Pérez Puente, *Tiempos de crisis...* También Carrillo, "El obispo Aguiar..."; Rubial, "El episcopado..."

³⁵La investigación más importante sobre los curas párrocos en el siglo XVIII sigue siendo Taylor, *Magistrates...*

lenguas indígenas y la posesión de grados, de preferencia mayores, ya era instrumento fundamental de avance social en una carrera eclesiástica que, por si fuera poco, reconocía la diversidad y peculiares necesidades de la grey al abrirse al ingreso de individuos manifiestamente mestizos e indígenas.³⁶ La Universidad de México, y algunas de la península como la de Ávila, experimentan así los frutos de esta demanda, en la que se percibe también un mayor protagonismo regional: un creciente número de individuos acude, no sólo ya de las ciudades más grandes, sino de muchas otras poblaciones de segundo y tercer orden del interior del virreinato, a certificar conocimientos teológicos y canónicos. El crecimiento cuantitativo y cualitativo del clero resultaba ser así el medio propicio para el surgimiento de élites encumbradas sobre sus méritos intelectuales, y afanadas en lograr a través de la excelencia literaria el ascenso en el *cursus honorum* eclesiástico.

Los ecos de estas transformaciones no dejan de sentirse incluso dentro del clero regular, y, si bien dentro de las órdenes mendicantes y contemplativas no llega a concretarse un proyecto de renovación semejante al de la Iglesia diocesana, persiste el caso siempre especial de la Compañía de Jesús, que gracias a su política eficaz de vinculación social y educativa con las élites del virreinato continúa acaparando cuantiosos recursos, y a algunos de los mejores hombres, para destinarlos a la formación de sus integrantes y de los alumnos externos de sus colegios y preservar su tradicional influencia sobre la sociedad colonial. No es en balde que durante este periodo, en el que el liderazgo cultural jesuita es ejercido por personajes como los padres Juan Antonio de Oviedo, Francisco Xavier Lazcano o Juan Francisco López, se eduquen también con ellos algunas de las más notorias figuras de la generación inequívocamente ilustrada que alcanza la madurez alrededor de 1750-1760, como Francisco Xavier Gamboa, Antonio Joaquín de Rivadeneira y Barrientos y los hermanos Cayetano y Luis Antonio de Torres Tuñón. Es en todo caso en esta especie de aguerrida "quinta columna" jesuítica —más que en el selecto grupo de los seguidores de Campoy y Abad, que no florecerá realmente sino en el destierro— en donde puede verse la receptividad de la Compañía hacia las novedades intelectuales del siglo.³⁷

Es cierto que, en contraste con la nueva dinámica social del clero, muchas de las formas, esto es, buen número de los usos y prácticas

³⁶ Menegus y Aguirre, *Los indios...*; Aguirre, *El mérito...*; del mismo autor, "La demanda..."

³⁷ Sobre la carrera de estos exalumnos de los jesuitas, véanse estudios como los siguientes: Trabulse, *Francisco Xavier Gamboa...*; Cuadriello, "Zodíaco...", sobre los hermanos Torres; Bernabéu, *El criollo...*, sobre Rivadeneira.

tradicionales entre los hombres de cultura eclesiásticos, no se modifican a lo largo de este periodo, lo que a algunos estudiosos les ha parecido inclusive una señal de anquilosamiento. El régimen de los estudios y el gobierno universitarios, el sistema colegial, el recurso al mecenazgo individual de los oligarcas o al corporativo institucional como forma de lograr la impresión y difusión de textos, la legitimación del conocimiento mediante el paratexto (aprobaciones, pareceres, censuras) en el texto impreso, las mismas formas literarias, se mantienen dentro de los modos consagrados y estabilizados durante la centuria anterior.³⁸

Pero no se pueden ignorar tampoco fenómenos interesantes y novedosos, protagonizados por este clero intelectualizado e interesado en nuevas formas de asociación con sus pares. El método tradicional de estudio de los colegios de la Compañía de Jesús brindaba ya a los estudiantes con intereses comunes la posibilidad de reunirse en *academias* donde se pudieran estudiar diversas disciplinas, y aun preparar actos privados o públicos sobre las mismas. Es bien conocido que los jesuitas del grupo aperturista aprovecharon el sistema de las academias para difundir su credo filosófico, pero ya desde el principio del siglo XVIII es notoria la presencia del modelo académico en otros círculos del clero, de los que saldrán promotores tan notorios de esta forma de trabajo intelectual como Cayetano Cabrera Quintero, preceptor de los pajes del arzobispo Juan Antonio de Vizarrón.³⁹ La difusión temprana, por lo menos desde 1720, del academicismo y la erudición, incluso entre los practicantes de las artes (escultores, pintores, arquitectos), puede dar una idea de la fuerza y el prestigio con que ya contaba esta clase de sociabilidad del saber.⁴⁰

La existencia de academias resulta importante también como puente entre las formas antiguas de vida del hombre de letras, todavía identificadas con las modalidades cortesanas que tan hábilmente practicaron Carlos de Sigüenza y Góngora o sor Juana Inés de la Cruz, y las modernas que a finales del siglo XVIII ensaya José Antonio de Alzate, un individualista que pretenderá dialogar en términos de igualdad con el poder y con el público. La figura independiente del *intelectual* no existe auténticamente en las Luces novohispanas —de hecho, ni siquiera en Europa se había logrado entonces su afirmación, que no ocurrirá

³⁸ Ejemplos de la fuerza de las tradiciones literarias (en temas y formas) durante la primera mitad del siglo XVIII en los estudios de Osorio, *El sueño...*; Herrera, "La decadencia..."

³⁹ Sobre la formación académica de Cabrera, véase la introducción de Claudia Parodi en Cabrera, *Obra...* En relación con esto, cf. la trayectoria de algunos de los jóvenes peninsulares y criollos que formaron el acompañamiento de este arzobispo en Aguirre, *El mérito...*, p. 186-195.

⁴⁰ Véase *infra*, nota 47.

hasta el siglo XIX—,⁴¹ pero a cambio encontramos precedentes notables en las iniciativas individuales que llevan en 1722 a Juan Ignacio de Castorena a empeñar su prestigio como predicador y funcionario eclesiástico y a arriesgar su fortuna en la publicación de la primera *Gazeta de México*; o de nuevo a Juan José de Eguiara, quien asociado a su hermano Manuel Joaquín, acreditado comerciante y miembro del Consulado de México, rinde tributo a la cultura empresarial de sus antepasados vascongados y adquiere por 1752 en Europa una imprenta para la edición, no sólo de su *Bibliotheca*, sino de las obras de un buen número de sus amigos y corresponsales intelectuales.⁴²

Un aspecto fundamental, en el que se han centrado las opiniones en torno al ingreso de la modernidad en la cultura novohispana, es el de los libros y las lecturas. A este respecto, investigaciones recientes han producido resultados sumamente interesantes en relación con las instituciones encargadas del cuidado de la ortodoxia del conocimiento y las ideas. Aún están por estudiarse las razones de la reducida actividad calificadora de libros por el Tribunal del Santo Oficio de México, manifiestamente baja en el primer tercio del siglo XVIII según señala Abel Ramos Soriano, aun cuando experimenta una recuperación en la década de 1730-1740, para volverse febril en la segunda mitad de la centuria.⁴³ ¿Puede interpretarse como resultado de un interés local menor en lecturas potencialmente amenazadoras o, por el contrario, pudiera intuirse que la diversificación de los intereses de los lectores, evidente en estudios recientes sobre comercio de libros en y hacia Nueva España,⁴⁴ es lo que los aleja del ámbito tradicional de vigilancia de la Inquisición? ¿Pudiera deberse a un fenómeno paralelo al advertido por Marcelin Defourneaux para la Inquisición peninsular, pues, aunque el Tribunal no baja la guardia, la entrada de un número creciente de libros en lenguas extranjeras y de nuevas temáticas paraliza y desconcierta a su lenta burocracia de censores y comisarios?⁴⁵

Es cierto que, en cualquier caso, no debió ser la edición local, sino la de importación, la que satisfizo las nuevas ansias de lecturas diversas en Nueva España; y que al igual que en la península estas lecturas no

⁴¹ Sobre la condición del hombre de letras en el mundo colonial existen estudios referidos al periodo anterior al aquí tratado, como el de Chocano, *La fortaleza...* Como punto de comparación con la época anterior y con la situación americana véase Chartier, "El hombre..."

⁴² En Eguiara, *Bibliotheca...*, v. V, p. 247-445, Ernesto de la Torre incluye una lista de los títulos salidos de la Imprenta de la Biblioteca Mexicana, desde el inicio de sus trabajos en 1753 hasta su desaparición en 1783. Los impresos aparecidos en vida de Eguiara (hasta 1763) concluyen en la p. 366.

⁴³ Ramos, "El 'santo oficio'..."

⁴⁴ Por ejemplo, Moreno, *Historia...*; Gómez Álvarez, "Las redes..."

⁴⁵ Defourneaux, *Inquisición...*

tenían tampoco que ser por fuerza en castellano parecen también mostrarlo las noticias con que se cuenta de traducciones completas o parciales de textos extranjeros, tanto en francés como en italiano,⁴⁶ algunas incluso de tema distinto al devoto, debidas al interés de varios grupos al interior de la comunidad letrada.⁴⁷ Lo que revelan todas estas nuevas evidencias es que aún hay mucho trabajo por hacer, por ejemplo, reconstruyendo y estudiando las bibliotecas privadas de hombres de letras, a partir de los datos proporcionados por los archivos y también por los libros que, por fortuna, sobreviven físicamente en nuestros acervos antiguos portando aún las marcas de sus antiguos poseedores, como ocurre con los de Andrés de Arze y Miranda en la biblioteca Lafragua de Puebla.⁴⁸

En cuanto a la que ha sido la mayor preocupación de muchos en torno a nuestra Ilustración, la presencia de ideas nuevas, preferentemente venidas del exterior del mundo hispánico, es preciso insistir, como lo ha demostrado la historiografía para el caso español, que, por importante que pudiese ser el influjo exterior en la apertura intelectual, no es posible ya entenderlo como causa única y fundamental;⁴⁹ en otras palabras, no esperemos a ver citado a Leibniz o a Newton en un texto novohispano para poder presumir ansias de renovación ideológica o nuevos intereses intelectuales en la academia novohispana. Ni siquiera el tomismo pudo permanecer estático aquí durante el siglo XVIII: si es cierto que Juan José de Eguiara cobijó críticas a la actitud aperturista del padre Feijoo al editar tan tarde como 1760 en su imprenta, desobediendo la prohibición real de una década atrás, una de las *Cartas* en que el cubano Francisco Ignacio Cigala polemiza con el gran divulgador benedictino, también lo es, como lo ha expuesto Mauricio Beuchot, que

⁴⁶ El problema de la traducción de textos extranjeros apenas comienza a estudiarse para la España de la primera mitad del siglo XVIII. Un acercamiento al tema puede verse en Etienne, "Traducción..."

⁴⁷ Así tenemos noticia a través de Beristáin, *Biblioteca...*, de la traducción del manual de retórica *Il cannochiale aristotelico* de Emmanuele Tesauro, realizada hacia 1730 por Francisco Ríos. En 1728 se editó en México la de *Interets de l'Angleterre mal entendus dans la guerre presente* (1703), texto polémico sobre política europea y comercio de Jean Baptiste Du Bos, debida al jesuita Juan de Urtassum: véase Escamilla, "Juan Manuel de Oliván..."; Urtassum ya había sido autor de la traducción de *La gracia triunfante en la vida de Catharina Tegakovita, india iroquesa...*, publicada en 1724. Asimismo se conserva en la Biblioteca Nacional de México una traducción manuscrita de la parte relativa a la pintura del *Prodomo overo saggio di alcune inventioni premesso all'Arte Maestra* (1670), del científico jesuita Francesco Lana-Terzi, elaborada anónimamente quizás entre 1740-1750 y en la que pudieron haber colaborado en una especie de academia el poeta Cayetano Cabrera Quintero y el pintor José de Ibarra, además de otros artistas y aficionados a la pintura. Al respecto cf. Soto, *El arte maestra...*; Mues, *El arte maestra...*

⁴⁸ Véase el interesante ensayo reconstructivo de esta colección hecho por Salazar, *Una biblioteca...*

⁴⁹ Enciso, "La ilustración...", p. 639-644.

el propio Eguiara en sus *Selectae disertationes mexicanæ* de 1746 mostró su aprovechamiento de autores neoescolásticos modernos.⁵⁰

En realidad, no se necesitaban ideas revolucionarias para detonar cambios de gran alcance. Como se ha mencionado atrás, la crisis ideológica que abre el camino a la Ilustración en España tuvo lugar a finales del siglo XVII y principios del XVIII, cuando, justo al mismo tiempo que los *novatores* al escolasticismo rancio, autores de prestigio como el marqués de Mondéjar, Manuel Martí y Juan de Ferreras ponían en duda tradiciones religiosas supuestamente intocables como la prédica apostólica en España y la aparición de la Virgen del Pilar. Ahora sabemos que en torno a la tradición de Nuestra Señora de Guadalupe, que para Nueva España tenía un significado semejante o aun mayor, también anidaban desde la década de 1730 dudas que probablemente fueron espoleadas por la lectura de autores mesuradamente críticos como fray Jacinto Segura y su *Norte crítico con las normas más ciertas para la discreción en la historia* (1733), o el mismo Feijoo en el *Teatro crítico*;⁵¹ todos ellos fueron leídos en México por hombres de letras de la influencia de Cayetano Cabrera Quintero en fecha inmediata a su publicación. Al sacudimiento provocado por estas lecturas debe agregarse sin duda la aparente buena recepción que en algunos círculos intelectuales eclesiásticos parece haber tenido la propuesta del erudito viajero italiano Lorenzo Boturini, desde sus días en Nueva España, de una historia de la gentilidad indígena fundada en la erudición crítica y la filosofía del jasnaturalismo.⁵²

Del mismo modo, sería adecuado buscar las semillas de un cambio, más que en la radicalización de un reducido grupo en el tradicional centro del saber en la capital del virreinato, en la extensión del saber por la multiplicación de “repúblicas literarias”, provocada por los intelectuales de provincias que acuden en gran número a formarse en la capital y otros centros. Mientras que Puebla experimenta un breve avivamiento intelectual producido quizás por la lucha en contra de su

⁵⁰ Beuchot, “La ciencia...”; del mismo, “Introducción”, en *Filósofos...*, p. V-X.

⁵¹ Los nueve volúmenes de la primera edición del *Teatro crítico* de Feijoo se imprimieron por primera vez entre 1726 y 1740. En los fondos antiguos de la Biblioteca Nacional de México existen muchos ejemplares de esta primera impresión, con marcas de fuego de varios conventos de la capital, y al autor se le cita en textos novohispanos por lo menos desde 1741 (véase Escamilla, “Máquinas...”), lo que se contrapone con lo referido por Pérez-Marchand, *Dos etapas...*, p. 82, que basada en papeles inquisitoriales no encontraba referencias a la obra de Feijoo antes de 1759. Para una caracterización de Ferreras, Segura y otros historiógrafos españoles del periodo véase Sánchez-Blanco, *La mentalidad...*, y Mestre, *Historia, fueros...*, capítulo I.

⁵² Aunque también suscitó rechazo y ataques por parte de otros grupos. Véase Escamilla, “Máquinas...”; del mismo, “Lorenzo Boturini...”

declive económico, de lo que da testimonio la obra del padre fray Juan de Villasánchez, nuevos centros surgen gracias a la pujanza emergente de algunas regiones novohispanas: así se activan Querétaro, Michoacán, Zacatecas y Guadalajara, en las que se observa durante este periodo un interesante movimiento historiográfico localista actualmente estudiado por Antonio Rubial.⁵³ Aunque aún desprovistas de imprentas propias, conforme avanza el siglo las comunidades letradas de estas localidades, en circulación constante desde sus lugares de origen hasta la capital, se servirán de las prensas de México y Puebla para dar salida a su producción literaria.

Conclusión: enciclopédicos afanes

En 1751, cuatro años antes de que Juan José de Eguiara imprimiera en sus talleres el primer tomo de la *Bibliotheca Mexicana*, había salido a la luz el primero de la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert. Tan cercanas en el tiempo, tan distantes en su origen geográfico, es indudable que entre ambas obras existen diferencias abismales, aunque también semejanzas interesantes. Como lo ha apuntado Ernesto de la Torre, en su formato (entradas ordenadas alfabéticamente por nombre de pila y no por apellido) y en su idioma (latín), el trabajo de Eguiara respondía a tradiciones bibliográficas antiguas y a ejemplos como el de su conocido y más cercano predecesor español, Nicolás Antonio. Sin duda el erudito mexicano se hacía eco de la vieja búsqueda universalista de Athanasius Kircher y otros compiladores barrocos de conocimientos del siglo XVII. Su trabajo reflejaba la formación e inclinación eclesiástica y teológica del autor, en la selección de muchos de los personajes que obtuvieron mención y reseña biobibliográfica en su tratado; y finalmente, dependía de una concepción epistemológica eminentemente humanística y tradicional, frente al ambicioso proyecto de los enciclopedistas franceses de literalmente volver a sembrar, como estudiara Robert Darnton, el árbol del conocimiento.⁵⁴

Pero ambas obras eran hijas del deseo de las distintas vertientes de la Ilustración de alcanzar síntesis acabadas del saber, reuniones que en su estructura mostraran de alguna forma la unidad orgánica del conocimiento, y el grado de avance de la civilización en sus respectivos territorios, el novohispano y el europeo. Este último había sido rede-

⁵³ Véase Rubial, "Los ángeles...", donde el autor adelanta algunos resultados de una amplia investigación de futura aparición.

⁵⁴ Darnton, "Los filósofos..."

finido en los cien años anteriores por la preponderancia francesa, primero político-militar, y luego cultural. El del virreinato se había construido durante dos siglos como frontera en expansión del occidente, y para ese entonces era una tangible realidad geopolítica, creación de una sociedad que había sido capaz de dilatar el *limes* novohispano, como orgullosamente se proclamó en 1756 en los sermones de la confirmación pontificia del patronato guadalupano, desde los confines de la California hasta los de Nicaragua y Honduras.⁵⁵

Del mismo modo, si la *Enciclopedia* dejaba entrever los cambios irreversibles en el conocimiento que hallarían eco en el derrumbe político y social del Antiguo Régimen, para la Nueva España el movimiento de autoconciencia implícito en las obras de Eguiara y sus contemporáneos era también el reflejo de situaciones inéditas, que a la larga contribuirían al colapso del orden colonial. No se olvide que desde el inicio del siglo XVIII la Nueva España vive la apertura sin precedentes de los dominios españoles a las influencias e intereses del exterior a raíz de la Paz de Utrecht de 1713. Los inversionistas y políticos europeos se obsesionan entonces con el desaprovechado potencial económico del continente americano, y por obtener a través de sus agentes en las Indias noticias verídicas sobre los puntos débiles del imperio español, de su comercio y de la corrupción en el aparato de la monarquía.⁵⁶

Pero tanto o más interesante que las indagaciones europeas fue el eco que las mismas hallaron entre los propios americanos. A lo largo de la primera mitad del siglo XVIII los vemos preguntarse con interés creciente por la realidad y posibilidades futuras del suelo que pisan, mientras progresivamente el discurso apologético tradicional va siendo abandonado por el interés en el análisis objetivo y científico del país novohispano. La conciencia acerca de la unidad orgánica del "mexicano imperio" estructura la gran corografía virreinal del *Theatro americano* de Villaseñor y Sánchez, y funda la tentativa de Eguiara de censar sistemáticamente la producción intelectual de toda Nueva España, de formas que nos ayudan a comprender los alcances y ambiciones intelectuales de las primeras generaciones dieciochescas de hombres de saber.

Por último, los *philosophes* europeos y los *eruditi vires* novohispanos caminan por el mismo rumbo en la transición intelectual de Occidente en el siglo XVIII en la forma de abordar y resolver las grandes empresas culturales. Sus logros fueron resultados de asociaciones, formales e informales, de sabios empeñados en trascender (más exitosamente en

⁵⁵ Véase Cuadriello, "Zodiaco...", p. 108-109.

⁵⁶ He hecho algunas observaciones sobre este fenómeno en Escamilla, "La riqueza..."

el caso europeo) los límites estrechos que la labor individual del intelecto no había conseguido superar pese a las transformaciones en la producción de conocimiento desencadenadas desde el advenimiento de la imprenta. En este sentido, se puede concluir que la trascendencia de los resultados de esta Ilustración americana de marcado carácter eclesiástico, la de los cambios que se operan en la cultura novohispana durante la primera mitad del siglo XVIII, ha de medirse entonces, más que por las ideas en sí, por las nuevas formas de difusión del conocimiento, por nuevas prácticas en torno al mismo, y por las nuevas circunstancias en que se produce el saber en estas tierras.

Si lo anterior es cierto, una revisión como la propuesta en estas páginas podría no sólo acercarnos mejor a una época aún insuficientemente conocida, sino también a anticipar e interpretar a través de ella muchas de las inquietudes, logros y limitaciones de la Ilustración novohispana que más nos enorgullece, la de finales del siglo y vísperas de la Independencia; y finalmente, contribuir a cambiar nuestra comprensión general del proceso histórico de la Iglesia en Nueva España.

OBRAS CITADAS

- AGUIRRE SALVADOR, Rodolfo, *El mérito y la estrategia. Clérigos, juristas y médicos en Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios sobre la Universidad/Plaza y Valdés, 2003.
- , “La demanda de clérigos ‘lenguas’ del arzobispado de México, 1700-1750”, *Estudios de Historia Novohispana*, n. 35, 2006, p. 47-70.
- ÁLVAREZ, José Rogelio, “Ideas económicas de Oliván Rebolledo”, *Historia Mexicana*, v. V, n. 19, enero-marzo de 1956, p. 433-439.
- BERNABÉU ALBERT, Salvador, *El criollo como voluntad y representación*, Madrid, Fundación Mapfre, Doce Calles, 2006.
- BEUCHOT, Mauricio (introd. y sel.), *Filósofos mexicanos del siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1995.
- , “La ciencia y la filosofía modernas en la carta contra Feijoo de Francisco Ignacio Cigala” en *Filosofía y ciencia en el México dieciochesco*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1996, p. 21-29.
- BERISTÁIN DE SOUZA, José Mariano, *Biblioteca hispanoamericana septentrional*, 5 v., México, Ediciones Fuente Cultural, 1947.

- Biblioteca Valenciana, Fundación Hernando de Larramendi, *Gregorio Mayans y Siscar Digital*, Biblioteca Virtual Menéndez Pelayo de Polígrafos Españoles, 2, <http://193.144.125.24/mayans>, internet, consultado el 1 de enero de 2008.
- BRADING, David, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973.
- , *The First America. The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State, 1492-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
- CABRERA Y QUINTERO, Cayetano Javier de, *Obra dramática. Teatro novohispano del siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1976.
- CARRILLO CÁZARES, Alberto, "El obispo Aguiar y Seijas: su perfil pastoral en Michoacán (1678-1682)" en *El arzobispo Francisco Aguiar y Seijas*, México, Centro de Estudios de Historia de México Condumex, 2000, p. 27-46.
- CASTRO MORALES, Efraín, *Las primeras bibliografías regionales hispanoamericanas. Eguíara y sus corresponsales*, Puebla, Ediciones Altiplano, 1961.
- CHARTIER, Roger, "El hombre de letras" en Michel Vovelle (ed.), *El hombre de la Ilustración*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, p. 151-195.
- CHIARAMONTE, José Carlos (pról., compilación y notas), *Pensamiento de la Ilustración. Economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.
- CHOCANO MENA, Magdalena, *La fortaleza docta: élite letrada y dominación social en el México colonial, siglos XVI-XVII*, Barcelona, Bellaterra, 2000.
- Coloquio Internacional Carlos III y su siglo. Actas*, 3 v., Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Departamento de Historia Moderna, 1990.
- CUADRIELLO, Jaime, "Zodiaco mariano. Una alegoría de Miguel Cabrera" en *Zodiaco mariano. 250 años de la declaración pontificia de María de Guadalupe como patrona de México*, México, Museo de la Basílica de Guadalupe/Museo Soumaya, 2004, p. 19-129.
- DARNTON, Robert, "Los filósofos podan el árbol del conocimiento: la estrategia epistemológica de la *Enciclopedia*" en *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 192-216.
- DEFOURNEAUX, Marcelin, *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*, Madrid, Taurus, 1973.

- EGUIARA Y EGUREN, Juan José de, *Prólogos a la Biblioteca Mexicana*, estudio introductorio y trad. de Agustín Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.
- , *Bibliotheca Mexicana*, 4 v., trad. de Benjamín Fernández Valenzuela, estudio preliminar, notas, apéndices e índices de Ernesto de la Torre Villar, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1986.
- ETIENVRE, Françoise “Traducción y renovación cultural a mediados del siglo XVIII en España” en Pablo Fernández Albaladejo (coord.), *Fénix de España...*, p. 93-117.
- ESCAMILLA GONZÁLEZ, Iván, “Máquinas troyanas: el guadalupanismo y la Ilustración novohispana”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, n. 82, 2000, p. 199-232.
- , “Juan Manuel de Oliván Rebolledo (1676-1738): pensamiento y obra de un mercantilista novohispano” en Leonor Ludlow y Pilar Martínez López-Cano (coords.), *Historia del pensamiento económico. Del mercantilismo al liberalismo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, p. 109-130.
- , “Lorenzo Boturini y sus patrocinadores novohispanos” en Francisco J. Cervantes Bello, Alicia Tecuanhuey Sandoval y Pilar Martínez López-Cano (eds.), *Poder civil y catolicismo en México, siglos XVI-XIX*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2008. [En prensa.]
- , “La riqueza de Nueva España según sus observadores en el despunte del siglo XVIII” en Pilar Martínez López-Cano (coord.), *Historia del pensamiento económico. Testimonios, proyectos y polémicas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. [En prensa.]
- FERNÁNDEZ ALBALADEJO, Pablo (ed.), *Fénix de España. Modernidad y cultura propia en la España del siglo XVIII (1737-1766)*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2006.
- FLOR, Fernando R. de la, *Barroco: representación e ideología en el mundo hispánico, 1580-1680*, Madrid, Cátedra, 2002.
- GÓMEZ ÁLVAREZ, Cristina, “Las redes del comercio de libros: Cádiz-Veracruz, 1750-1778”, ponencia inédita presentada en el 3er. Congreso Internacional de Historia Económica, Cuernavaca, México, 2007.
- GRAEF, Juan Enrique de, *Discursos mercuriales económico-políticos (1752-1756)*, sel., ed. e introd. de Francisco Sánchez-Blanco, Sevilla, Fundación El Monte, 1996.

- HERRERA, Arnulfo, "La decadencia de la imaginación. El arco triunfal de don Antonio Deza y Ulloa", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, v. XXVII, n. 87, 2005, p. 7-35.
- LÓPEZ, Vicente, *Diálogo de abril acerca de la Biblioteca del señor doctor don Juan José de Eguiara y del ingenio de los mexicanos*, trad. de Silvia López Alquicira, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Clásicos, 1987.
- MAZA, Francisco de la, *El guadalupanismo mexicano*, México, Porrúa y Obregón, 1953.
- MENEGUS BORNEMANN, Margarita, y Rodolfo Aguirre Salvador, *Los indios, el sacerdocio y la Universidad en Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios sobre la Universidad/Plaza y Valdés Editores, 2006.
- MESTRE SANCHÍS, Antonio, *Historia, fueros y actitudes políticas: Mayans y la historiografía del siglo XVIII*, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1970.
- MORENO GAMBOA, Olivia, *Historia de una librería novohispana del siglo XVIII*, tesis inédita de maestría en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2006.
- MUES ORTS, Paula, *El arte maestra. Traducción novohispana de un tratado pictórico italiano*, México, Museo de la Basílica de Guadalupe, 2006.
- NAVARRO B., Bernabé, *Cultura mexicana moderna del siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964.
- O'GORMAN, Edmundo, *Meditaciones sobre el criollismo*, México, Centro de Estudios de Historia de México, 1970.
- OSORIO ROMERO, Ignacio, *El sueño criollo. José Antonio de Villerías y Roelas (1695-1728)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1991.
- , *La luz imaginaria. Epistolario de Athanasius Kircher con los novohispanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1993.
- PÉREZ-MARCHAND, Monelisa Lina, *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2005. [Primera edición: México, El Colegio de México, 1945.]
- PÉREZ PUENTE, Leticia, *Tiempos de crisis, tiempos de consolidación. La catedral metropolitana de la ciudad de México, 1653-1680*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios sobre la Universidad/Plaza y Valdés/El Colegio de Michoacán, 2005.

- POSADA MEJÍA, Germán, "El P. Oviedo, precursor de los jesuitas 'ilustrados'", *Historia Mexicana*, v. VII, n. 25, julio-septiembre de 1957, p. 45-59.
- Proyecto Filosofía en Español, *Biblioteca Feijoniana*, <http://www.filosofia.org/fejoo.htm>, internet, consultado el 1 de enero de 2008.
- RAMOS SORIANO, José Abel, "El 'santo oficio' de los calificadores de libros en la Nueva España del siglo XVIII" en Carmen Castañeda (coord.), *Del autor al lector. I. Historia del libro en México. II. Historia del libro*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Miguel Ángel Porrúa, 2002, p. 179-197.
- RIVAS MATA, Emma, *Bibliografías novohispanas o historia de varones eruditos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000.
- RONAN, Charles E., *Francisco Javier Clavijero (1731-1787). Figura de la ilustración mexicana; su vida y obra*, Guadalajara, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, Universidad de Guadalajara, 1993 [1977].
- RUBIAL GARCÍA, Antonio, "La mitra y la cogulla. La secularización palafoxiana y su impacto en el siglo XVII", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, v. XIX, n. 73, 1998, p. 239-272.
- , "El episcopado novohispano, siglo XVII" en *El arzobispo Francisco Aguiar y Seijas*, México, Centro de Estudios de Historia de México Condumex, 2000, p. 47-70.
- , "Los ángeles de Puebla. La larga construcción de una identidad patria" en Francisco J. Cervantes Bello, Alicia Tecuanhuey Sandoval y Pilar Martínez López-Cano (eds.), *Poder civil...* [En prensa.]
- SALAZAR IBARGÜEN, Columba, *Una biblioteca virreinal de Puebla (siglo XVIII). Fondo Andrés de Arze y Miranda*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, 2001.
- SÁNCHEZ-BLANCO, Francisco, *La mentalidad ilustrada*, Madrid, Taurus, 1999.
- , *El Absolutismo y las Luces en el reinado de Carlos III*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2002.
- SARRAILH, Jean, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- SOTO, Myrna, *El arte maestra. Un tratado de pintura novohispano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005.
- TANCK DE ESTRADA, Dorothy, "Ilustración, educación e identidad nacionalista en el siglo XVIII" en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *Gran*

- historia de México ilustrada III. El nacimiento de México, 1750-1856*, México, Planeta/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001, p. 21-40.
- TAYLOR, William, *Magistrates of the Sacred. Priests and Parishioners in Eighteenth-Century Mexico*, Stanford, Stanford University Press, 1996.
- TORRE VILLAR, Ernesto de la (coord. y presentación), *Juan José de Eguiara y Eguren y la cultura mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1993.
- TRABULSE, Elías, *Ciencia y religión en el siglo XVII*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1974.
- , *Francisco Xavier Gamboa, un político criollo en la Ilustración mexicana (1717-1794)*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1985.
- , *La ciencia perdida. Fray Diego Rodríguez, un sabio del siglo XVII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- , “Clavigero, historiador de la Ilustración mexicana” en Alfonso Martínez Rosales (comp.), *Francisco Xavier Clavigero en la Ilustración mexicana 1731-1787*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1988, p. 41-57.
- , “La ciencia y los jesuitas en la Nueva España”, *Artes de México*, nueva época, n. 58, 2001, p. 72-77.
- VILLASEÑOR Y SÁNCHEZ, José Antonio de, *Theatro americano. Descripción general de los reynos y provincias de la Nueva España y sus jurisdicciones. Seguido de Suplemento al Theatro americano (La ciudad de México en 1755)*, ed. y preliminar de Ernesto de la Torre Villar, estudio introductorio de Alejandro Espinosa Pitman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2005.
- , *Suplemento al Theatro americano. La ciudad de México en 1755*, estudio preliminar, ed. y notas de Ramón María Serrera, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1980.
- YUSTE, Carmen (coord.), *La diversidad del siglo XVIII novohispano. Homenaje a Roberto Moreno de los Arcos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2000.

